

En otras palabras, Jhumpa Lahiri

(Editorial Salamandra, Barcelona, 2019)

El exilio

Mi relación con el italiano se desarrolla en el exilio, en un estado de separación.

Cada lengua pertenece a un lugar específico. Puede migrar, puede difundirse, pero suele estar ligada a una geografía, a un país. El italiano pertenece sobre todo a Italia, mientras que yo lo vivo en otro continente, donde no es tan fácil encontrarlo.

Pienso en Dante, que esperó nueve años el momento de hablar con Beatriz. Pienso en Ovidio, desterrado de Roma a un lugar remoto, a un puesto lingüístico avanzado rodeado de sonidos ajenos.

Pienso en mi madre, que en Estados Unidos escribe poemas en bengalí y que no consigue encontrar, casi cincuenta años después de haberse mudado allí, un libro escrito en su lengua.

En cierto sentido me he acostumbrado a una especie de exilio lingüístico: mi lengua materna, el bengalí, es extranjera en Estados Unidos. Cuando se vive en un país donde la propia lengua es considerada extranjera, se puede experimentar una continua sensación de extrañeza: se habla de una lengua secreta, desconocida, carente de correspondencias en el entorno, y esa ausencia crea una distancia interior.

En mi caso hay otra distancia, otro cisma: no sé el bengalí a la perfección, no sé leerlo ni escribirlo, hablo con acento, sin seguridad. Por eso siempre he percibido una desconexión con esa lengua. Como consecuencia, también considero, paradójicamente, mi lengua materna una lengua extranjera.

Con respecto al italiano, el exilio tiene un aspecto distinto: tan pronto nos conocimos, el italiano y yo nos alejamos. Mi nostalgia parece una tontería, y sin embargo la siento.

¿Cómo es posible que me sienta exiliada de una lengua que no es la mía, una lengua que no sé? Tal vez porque soy escritora que no pertenece del todo a ninguna lengua.

Compro un libro. Se titula *Teach Yourself Italian*, un título alentador, lleno de esperanza, de posibilidades. Como si fuera posible aprender por uno mismo.

Tomé clases de latín durante años, así que los primeros capítulos me resultan bastante fáciles. Consigo memorizar algunas conjugaciones, hacer los ejercicios, pero no me gusta el silencio, el aislamiento del proceso autodidacta: me parece distante, equivocado; como si estudiara un instrumento musical sin que me permitiera tocarlo.

En la universidad, decido que mi tesis doctoral tratará sobre la influencia de la arquitectura italiana en algunos dramaturgos ingleses del siglo XVII. Me pregunto la razón por la cual ciertos dramaturgos decidieron ambientar sus tragedias, escritas en inglés, en palacios italianos. La tesis hablará de otro cisma, éste entre la lengua y el entorno. Este argumento me ofrece un segundo motivo para estudiar italiano.

Asisto a cursos elementales. Mi primera profesora es una señora milanesa que vive en Boston. Hago los deberes, apruebo los exámenes, pero cuando, después de dos años de estudio, intento leer en italiano *La romana* de Moravia, apenas la entiendo. Subrayo casi todas las palabras, página tras página. Me veo obligada a recurrir continuamente al diccionario.

En la primavera del año 2000, siete años después de mi viaje a Florencia, voy a Venecia. Además del diccionario, llevo una libreta donde tomo notas que podrían serme útiles: "Saprebbe dirmi...?" (¿Podría decirme...?), "Dove si trova...?" (¿Dónde está...?), "Come si fa per andare...?" (¿cómo llego a ...?) Recuerdo la diferencia entre *buono* y *bello*: me siento preparada. No obstante, en Venecia apenas consigo preguntar por una calle o solicitar un despertador en el hotel. En un restaurante, logro pedir mi comida e intercambiar unas palabras con la camarera, nada más. A pesar de que he vuelto a Italia, sigo sintiéndome una exiliada de la lengua.

Unos meses después recibo una invitación para asistir al Festival de Literatura de Mantua. Allí me encuentro con mis primeros editores italianos. Uno de ellos es, además, mi traductora. La editorial tiene nombre español, Marcos y Marcos, pero ellos son italianos: Marco y Claudia.

Hablo inglés en todas las entrevistas y presentaciones. Siempre hay un intérprete a mi lado. Entiendo más o menos el italiano, pero sin el inglés no consigo explicarme bien. Me siento limitada. Mi comprensión es tan

exigua que, aquí en Italia, no me ayuda. La lengua todavía me parece un portal cerrado; estoy en el umbral, atisbo el interior, pero el portal no se abre.

Marco y Claudia me dan la llave: cuando menciono que he estudiado un poco de italiano y que quisiera mejorar, dejan de hablarme en inglés. Pasan a su lengua, aunque tan sólo consiga contestar de forma muy sencilla, a pesar de todos mis errores, a pesar de que no entiendo completamente lo que dicen, a pesar de que ellos hablan inglés mucho mejor que yo el italiano.

Toleran mis errores, me corrigen, me animan, me sugieren las palabras que me faltan. Hablan con claridad y paciencia, como los padres con sus hijos, tal como se aprende la lengua materna. Me doy cuenta de que no aprendí inglés de esta manera.

Claudia y Marco, que han traducido y publicado en italiano mi primer libro y me hospedan en Italia por primera vez como escritora, me regalan este cambio. Gracias a ellos, en Mantua me encuentro por fin dentro de la lengua. Porque, para aprender un idioma, para sentirse ligado a él, hay que entablar diálogos, por muy infantiles e imperfectos que sean.

(pp. 23-27)

El muro

Hay un dolor en cada alegría. Un lado oscuro en cada pasión fulgurante.

El segundo año en Roma, después de Navidad, voy con mi familia a Paestum y luego pasamos un par de días en Salerno. Allí, en el centro histórico, en el escaparate de una tienda, veo ropa bonita para niños. Entro con mi hija y me dirijo a la dependienta, la saludo y le digo que estoy buscando unos pantalones para la pequeña. Describo lo que tengo en mente, añado que a mi hija no le gustan los modelos demasiado ceñidos, que preferiría algo cómodo. En fin, hablo bastante, en un italiano ya fluido pero no del todo auténtico.

En cierto momento mi marido estadounidense entra con nuestro hijo. A diferencia de mí, por su aspecto podría parecer italiano. Intercambiamos unas palabras en italiano delante de la dependienta y le enseño una chaqueta rebajada que estoy considerando comprar para nuestro hijo. Él

me contesta con monosílabos: "está bien... me gusta... sí... a ver", ni siquiera una frase entera. Mi marido habla español a la perfección, por tanto tiende a hablar italiano con acento español: dice *sesenta y uno* en vez de *sessantuno*, *belleza* en vez de *bellezza*, *nunca* en vez de *mai*. Nuestros hijos se burlan de él; no obstante, habla bien el italiano, aunque no mejor que yo.

Decidimos comprar dos pantalones y la chaqueta. En la caja, mientras estoy pagando, la dependienta me pregunta: "¿De dónde venís?"

Le explico que vivimos en Roma, que nos hemos mudado desde Nueva York el año pasado y, entonces, la dependienta añade: "Pero tu marido es italiano, ¿no? Habla perfectamente, sin acento."

Ahí está el límite que nunca conseguiré superar, el muro que siempre existirá entre el italiano y yo, por mucho que pueda aprenderlo: mi aspecto físico.

Estoy a punto de echarme a llorar; quisiera gritarle: "¡Soy yo quien ama perdidamente vuestro idioma, no mi marido! Él habla italiano sólo por necesidad, porque vive aquí. Yo llevo más de veinte años estudiando vuestro idioma, él ni siquiera dos. No leo otra cosa que vuestra literatura, sé hablar italiano en público, conceder entrevistas por radio en directo, escribo relatos y un diario en italiano."

Me abstengo y le doy las gracias, me despido y salgo. Comprendo que mi apego al italiano no vale nada, que toda mi devoción y todo mi afán no significan nada. Según esta dependienta, mi marido habla muy bien italiano y hay que alabarlo, yo no. Me siento humillada, indignada, envidiosa; me quedo sin palabras. Finalmente, una vez en la calle, le digo a mi marido en italiano: "Sono sbalordita." (Estoy atónita.)

Y él me pregunta en inglés: "¿Qué significa *sbalordita*?"

(pp. 95-97)